

2. Segunda charla: El sacerdocio real del Mesías - Sal 110

Nuestra reflexión sobre el Sacerdocio eterno de Cristo, prefigurado en Melquisedec, como esta en Génesis 14, nos invita a pensar en otros textos bíblicos, que nos ayudan para reflexionar sobre algunos elementos. Los cuatro versículos de Génesis que hemos meditado se pueden comparar con la imagen de una piedra echada en un lago que va a engendrar olas concéntricas. Pensando en la Escritura como este gran lago, la llegada de Melquisedec en Génesis sería como esta piedra echada que va a engendrar dos grandes olas: la primera sería el Sal 110, que vamos a meditar ahora y la segunda, más larga, sería la exposición sobre el sacerdocio de Cristo que se encuentra en la Carta a los Hebreos.

¹ *De David. Salmo. Dijo el Señor a mi Señor:*

«Siéntate a mi derecha, mientras yo pongo a tus enemigos como estrado de tus pies».

² *El Señor extenderá el poder de tu cetro:*

«¡Domina desde Sión, en medio de tus enemigos!».

³ *«Tú eres príncipe desde tu nacimiento, con esplendor de santidad; yo mismo te engendré como rocío, desde el seno de la aurora».*

⁴ *El Señor lo ha jurado y no se retractará: «Tú eres sacerdote para siempre, a la manera de Melquisedec».*

⁵ *A tu derecha, Señor, él derrotará a los reyes, en el día de su enojo;*

⁶ *juzgará a las naciones, amontonará cadáveres y aplastará cabezas por toda la tierra.*

⁷ *En el camino beberá del torrente, por eso erguirá su cabeza.*

Es un salmo mesiánico muy celebre en la Biblia, citado a menudo en el Nuevo Testamento y también por Jesús, en frente de Caifás. Es el canto del rey davídico, sentado a la derecha de Dios, vestido de su poder y trayendo su dignidad sacerdotal, como Melquisedec. El contexto sería lo de la entronización del rey (cf. Sal 2), pero más allá de su motivación histórica, presenta la apertura sobre la figura del Rey-Mesías, que el pueblo esperaba. Del título se puede ver como este Salmo sea conectado a la figura de David. Eso es un canto de alabanza a Dios para la elección de David como Rey de Israel, bien inserido en la primera línea sacerdotal del

Antiguo Testamento, de la cual hemos hablado antes (Cfr. G. RAVASI, *Il libro dei Salmi. III Commento e attualizzazione*, EDB, Bologna 2015, 262).

El Salmo se abre con la expresión “*Dijo el Señor a mi Señor*” (*Ne'ûm Yahweh*), típica del contexto profético, para indicar como una firma final la autenticación divina de un discurso profético. En este caso, en una escena de entronización, esta expresión puesta al comienzo significa que Dios es la fuente de esta elección y institución. El Rey-Mesías es entronizado por una directa intervención de Dios. Un texto del libro de los Números, donde se encuentra un oráculo del profeta Balam, tiene un fuerte paralelismo con nuestro texto:

“Lo veo; pero no por ahora, lo contemplo, pero no de cerca: un astro se levanta desde Jacob, un cetro se yergue en Israel. Le pega a Moab en las sienes, y en el cráneo a todos los hijos de Set. Edom se convierte en su conquista, le quita Seír a sus enemigos, Israel hace grandes cosas, Jacob impone su fuerza y hace que perezcan los sobrevivientes de Ar” (Nm 24, 17-19).

También en este oráculo se invoca la figura de un Rey-Mesías con características divinas (imagen del astro, la estrella que es signo divino) y presentado como victorioso sobre sus enemigos.

Reflexionando sobre este texto, uno se pregunta: ¿quién está hablando de quién? ¿Quién es el Señor que habla del Señor? En el sentido literal parece que sea Dios mismo, Yahvé, a hablar a David, legitimando su dignidad real y poniéndolo a su derecha, en el sentido de un favor y de una participación a su autoridad. Leyendo más allá del sentido histórico y literal, se puede ver la figura del Mesías, que participa de la dignidad divina y es destinatario del poder y del favor de Dios. Hay muchas imágenes similares en el Antiguo Testamento (cfr. 1 Reyes 2,19; Sal 45,10). En referencia a este Salmo, Jesús mismo pone una pregunta:

“Mientras Jesús enseñaba en el Templo, preguntó: «¿Por qué los maestros de la Ley dicen que el Mesías será el hijo de David? Porque el mismo David dijo, hablando por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies” (Mc 12,35-37).

Según la común tradición judaica, confirmada para los profetas, el Mesías era hijo de David, parte de su descendencia. ¿Cómo es posible, entonces, que David lo llama Señor? Parece necesario superar el sentido literal para llegar al profético y espiritual: el Mesías es el “hijo de David”, pero en el sentido espiritual Él es también su Padre. Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, aun es hijo de David, es

también su Creador y Señor. Son muy lindas las explicaciones que nos dan los Padres de la Iglesia. San Agustín comenta brillantemente:

“De aquí que, por lo mismo que Cristo era hijo de David, fue hecho Señor de David. Pues lo que nació de la estirpe de David fue honrado de tal modo, que llegó a ser Señor de David. Te admiras de esto como si en las cosas humanas no sucediese esto mismo. Si acontece a un hijo de cualquier hombre ordinario ser rey, ¿por ventura no será señor de su padre? Todavía es irás admirable lo que puede también suceder, que no sólo sea señor de su padre el hijo de un padre ordinario hecho rey, sino que sea padre de su padre el hijo de un laico que fue hecho obispo [...] en la misma carne (de Cristo) honrada y glorificada de esta manera y cambiada en hábito celeste, también es Hijo de David y Señor de David” (San Agustín, Comentario al Sal 109, 7).

En Cristo entonces se abre una nueva generación no conectada a las prerrogativas de carne y ascendencia, aun a la relación única con el Padre. El ser Mesías y sacerdote inserta en una generación nueva. Como dice Juan en el Prólogo de su Evangelio: *“Pero a todos los que la recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios. Ellos no nacieron de la sangre, ni por obra de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que fueron engendrados por Dios” (Jn 1,12-13).* El mismo Pedro, contestando a la pregunta de Jesús sobre su identidad, es alabado por Jesús, para haber superado las consideraciones de carne y sangre: *“Jesús le replicó: «Feliz eres, Simón Barjona, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos” (Mt 16,17).* Cada sacerdote y consagrado, como Cristo, entra y vive en esta nueva generación. No somos llamados a rechazar a nuestra familia, nuestra cultura, nuestra afiliación, aun por nuestra fe, nuestra consagración y ordenación, entramos en este espacio nuevo, libre y universal de la generación de Jesús. ¿Tenemos consciencia de eso? especialmente en nuestras valuaciones, elecciones y acciones, ¿estamos en la línea de esta generación y fraternidad universal?

Parece bien hacer otra referencia sobre este primer versículo del Sal 110 a la imagen de los enemigos del Mesías puestos como estrado de sus pies por la potencia de Dios. En primer lugar, la imagen es siempre de un contexto real. Como han demostrado los arqueologuitas, especialmente en el Antiguo Egipto, pero verosímilmente en todo Oriente, los tronos regales a menudo tenían en su base una representación de los enemigos sumisos por la potencia del Rey. Comentando este pasaje, Casiodoro dice que la imagen de los pies *“significa la eterna estabilidad del Señor” (CASIODORO, Exposición sobre el Sal 109, 1).* Esta imagen nos ayuda para otra reflexión. No todos se adhieren al plan del Rey Mesías. Él tiene enemigos que antes que ser enemigos humanos y materiales son también enemigos espirituales.

Esta imagen nos ayuda a no bajar la guardia, sino que en el mismo modo da nos esperanza. Seguir a la persona de Cristo y participar a su ministerio expone al riesgo de los ataques de los enemigos, cuyo jefe es el adversario por excelencia, el diablo, satán. Este enemigo infernal, sin embargo, a menudo se sirve de sus lugartenientes muy astutos y menos llamativos como los vicios y las inclinaciones humanas incorrectas. Reconocer el señorío de Cristo significa someter estas inclinaciones incorrectas a su poder y quitar espacio al enemigo. Es una lucha diaria, difícil, en que nosotros no combatimos solo con nuestras fuerzas, sino es Dios que lucha en nosotros, si estamos totalmente con El. El resultado de esta batalla es ya conocido. Cristo va a vencer, aun en nuestra historia personal cada uno de nosotros tiene que adherir a esta victoria con libertad y consciencia. El autor del Apocalipsis nos recuerda:

“Por fin ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios, y la soberanía de su Ungido. Pues echaron al acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche ante nuestro Dios. Ellos lo vencieron con la sangre del Cordero, con su palabra y con su testimonio, pues hablaron sin tener miedo a la muerte. Por eso, alégrense, cielos y los que habitan en ellos. Pero ¡ay de la tierra y del mar!, porque el Diablo ha bajado donde ustedes y grande es su furor, al saber que le queda poco tiempo” (Ap 12,10-12).

El versículo siguiente del Salmo es como una echo del precedente. A la imagen de la derecha de Dios, cuya referencia se encuentra en el versículo 1, como en un espejo se encuentra la del cetro real, conectado a la ciudad de Sion en donde El reina. En el mismo modo se hace de nuevo referencia a los enemigos sobre los cuales el Rey-Mesías domina. La referencia a la dignidad real y a Sion pone la figura del Rey-Mesías en continuidad con la del Rey-sacerdote de Salem, Melquisedec, como se puede ver más allá ¿Cómo no se puede ver, entonces, una referencia al lugar del misterio pascual de Jesús, que es Jerusalén? El Mesías, Rey y Sacerdote extiende su cetro de Jerusalén, cuando según las palabras de san Juan, Él es levantado: *“Después les dijo: «Cuando ustedes hayan levantado en alto al Hijo del hombre, entonces sabrán que Yo Soy y que no hago nada por mí mismo, sino que digo lo que el Padre me enseñó” (Jn 8,28).* Aquí, entonces, se va abriendo una puerta sobre el misterio de la Pascua de Jesús, la hora de su gloria, que es la de su crucifixión, muerte y resurrección. En Juan se puede también leer: *“y cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí». Jesús decía esto para indicar cómo iba a morir” (Jn 12,32-33).* Es la Cruz, entonces, que se levanta sobre el Gólgota en Jerusalén a ser el trono del Rey Mesías:

*“Oh árbol fecundo y glorioso,
adornado de un manto real,*

*Tálamo, trono y altar al cuerpo
de Cristo Señor” (de la liturgia).*

El versículo 3 del Salmo 110 tiene graves problemas textuales. La traducción oficial sobre que estamos meditando, describe el Rey en el día de su investidura, como lleno de luz, esplendor y majestad. Incluso se lo describe como el receptor de una filiación divina. El rey de Israel, según el paralelo del Sal 2: “*Voy a proclamar el decreto del Señor: El me ha dicho: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones como herencia, y como propiedad, los confines de la tierra»*” (Sal 2,7-8). Leyendo el texto se entiende inmediatamente como la promesa hecha al rey davídico es simplemente alusiva de un particular favor al Soberano de parte de Dios. La lectura cristiana ha visto en ese una clara anticipación del misterio de la generación del Hijo, que es “*el unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado, consustancial con el Padre*” (Símbolo niceno-constantinopolitano). Muy interesante es también la lectura que ofrecen San Agustín y Casiodoro, que comentando el texto latino del versículo “*ante luciferum genui te*”, explican la expresión “*luciferum*”, como “*la estrella más luminosa de la mañana*”. Esa sería una referencia a todas las estrellas, como primicias de la creación. La generación de esta figura mesiánica, entonces, sería antes de la misma creación, antes del tiempo (cfr. SAN AUGUSTIN, *Comentario al Sal 109*, 16, 4).

Corazón del Salmo, especialmente por el tema de nuestros ejercicios, es el versículo 4. Dios jura, es decir confirma su palabra y su promesa en manera solemne y irrevocable y no se arrepiente, es decir no cambia idea, no va a cambiar propósitos. Esta modalidad de acción de Dios es una invitación a revisar también nuestra modalidad de hablar y prometer. Si Dios tiene una palabra irrevocable y sus promesas son irrevocables (Cf. Rom 11,29), hay que preguntarnos: ¿mi palabra, mis cometimientos y mis promesas son irrevocables?

El objeto del juramento y de esta promesa inmutable e irrevocable de Dios es en la dignidad sacerdotal del Rey-Mesías. Él va a ser sacerdote (hebreo “*qóén*”), es decir un intermediario, un puente, un enlace entre Dios y la humanidad, no por un tiempo determinado, sino por siempre. El será el canal único y permanente de la santificación entre Dios y el pueblo. Dios será presente en su pueblo mediante de él y el pueblo, en la misma manera, podrá llegar hacia a Dios a través de él. Este sacerdocio no tendrá interrupciones, ni términos, porque deriva su fuerza da una investidura divina fundada sobre una promesa irrevocable. ¿Cómo va a ser posible esto? Porque es un sacerdocio “*a la manera de Melquisedec*”. Entonces, la primera gran olas engendrada por la piedra echada en el estanco de la Escritura con la aparición del Rey-Sacerdote de Salem en Gen 14: la línea sacerdotal y real es para siempre y es una verdadera orden, una verdadera clase, una verdadera especie

sacerdotal. Esto significa que el sacerdocio puede tener también otras clases o órdenes. Como se ha dicho antes, de la Escritura sabemos que hay el sacerdocio davídico o levítico, instituido por Moisés, aun de eso no se dice que es “para siempre” y eso llegó muchos siglos después de lo de Melquisedec. El Mesías, entonces, trae esta primera forma de identidad sacerdotal perpetua y permanente. Perpetua que se da a entender no solamente en el sentido de una extensión al futuro – que sería aplicable también al sacerdocio levítico, sino en el sentido de un origen “ab aeterno”, desde la eternidad, y eso sería en continuidad con lo que hemos dicho sobre el versículo precedente.

Como una luz, entonces, la figura de Melquisedec, bosquejada en Génesis, aquí se incorpora en la imagen del Rey-Mesías davídico, con su dignidad real, su dominio, su victoria y su sacerdocio perpetuo, sin comienzo y sin término, bien enraizado en el “para siempre”.

Sera la carta a los Hebreos, como vamos a ver en las próximas charlas, a aplicar a Cristo este oráculo en manera clara y evidente. Él es el Eterno sacerdote de la Nueva Alianza, a la manera de Melquisedec y no de Aron. El hace llegar al cumplimiento el contenido de este Salmo. Para nuestra meditación personal, me parece oportuno sugerir la reflexión sobre esta expresión: “para siempre”. ¿Cuál es su valor en nuestra vida? ¿En que Dios nos ha dado y da su promesa eterna y irrevocable, involucrándonos en un “para siempre”? Me gusta compartir con ustedes algunas palabras de san Pablo:

“En efecto, a los que Dios conoció de antemano, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el Primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.” (Rm 8, 29-30).

Cada uno de nosotros puede pensar en el Amor de Dios que sobra cada humano sentimiento y que es versado en nuestros corazones sin reservas, en la alianza irrevocable del bautismo, en la llamada y en la consagración sacerdotal o religiosa. Todos estos son dones irrevocables y permanentes de Dios, como participaciones en su amor eterno.

Los versículos finales 5-6 se refieren de nuevo a victorias militares sobre los enemigos. Comentando este pasaje, Benedicto XVI afirmaba:

“La escena está dibujada con colores intensos, para significar el dramatismo del combate y la plenitud de la victoria real. El soberano, protegido por el Señor, derriba todo obstáculo y avanza seguro hacia la victoria. Nos dice: sí, en el mundo hay mucho mal, hay una batalla permanente entre el bien y el

mal, y parece que el mal es más fuerte. No, más fuerte es el Señor, nuestro verdadero rey y sacerdote Cristo, porque combate con toda la fuerza de Dios y, no obstante todas las cosas que nos hacen dudar sobre el desenlace positivo de la historia, vence Cristo y vence el bien, vence el amor y no el odio” (BENEDICTO XVI,

Audiencia general, 16.11.2011).

También en este versículo se encuentra la imagen de la derecha, como signo de participación a la dignidad de quien está en el trono, con una interesante novedad. Esta vez no es el rey a ser sentado a la derecha de Dios, sino en reversa, después de la entronización, es Dios que está sentado a la derecha del Rey. Es lindo leer en esta imagen la referencia a una particular dimensión del sacerdocio. Cuando Dios elige alguien y lo consagra por este ministerio, Él lo “eleva” y en cierta manera es como si El mismo se bajaría, poniéndose en las manos de un hombre y “entregándose” a la iniciativa y voluntad del consagrado para establecer el lugar y la modalidad del culto y de la comunicación con Dios. ¿No es esto un gran signo de predilección y humildad de Dios hacia su consagrado?

Última referencia, comentando el Sal 110, va a la imagen final: el Rey-Mesías-Sacerdote bebe del torrente y erguía su cabeza. Las interpretaciones de esta imagen son diferentes. Algunos leen un relato al torrente Cedrón, donde según el ceremonial litúrgico, el rey tenía que beber para recibir idealmente su fuerza invencible de su consagración. El mismo Salomón, en continuidad con esta tradición, fue ungido rey cerca de esta fuente del Cedrón, en un lugar llamado Ghion (cf. 1Reyes 1,38). Otro episodio bíblico que refiere esta imagen se encuentra en 1Reyes 17,2-4, cuando Elías es invitado por Dios a encontrar refugio cerca del torrente Querit en frente del Jordán, donde el va a ser nutrido por los cuervos y podrá beber el agua del torrente, como signo del cuidado y atención que Dios tiene a su profeta perseguido. El mismo Jesús, verdadero Rey y Profeta perseguido, tendrá que tomar en el torrente de su Pasión, muerte, para poder erguir su cabeza en la resurrección. San Agustín escribe:

“Cristo tomó esto; nació y murió; así bebió del torrente en el camino. Saltó cual gigante al correr el camino. Luego bebió del torrente en el camino, porque no se detuvo en el camino de los pecadores. Luego como bebió del torrente en el camino, por eso levantó la cabeza. Es decir, porque se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por eso Dios lo levantó de entre los muertos y le dio un nombre sobre todo nombre, a fin de que al nombre de Jesús se doble la rodilla de los moradores del cielo, de la tierra y

del infierno y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor en la gloria de Dios Padre” (SAN AUGUSTIN, Comentario al Sal 109, 20)